



CAPITULO VI

HELLGUM

LA misma noche en que la juventud bailaba en casa de Stark, Halfoor estaba ausente y Karina dormía sola en su pequeña habitación. Al promediar la noche, tuvo un mal sueño. Soñó que Elías vivía y daba una gran fiesta. En la sala donde brindaba con sus amigos, Karina le oyó reír á carcajadas, cantar canciones de taberna, y hacer tanto ruido, que empezó á creer, que, entre todos, iban á romper los bancos y la mesa. El espanto la desveló bruscamente; pero con los ojos abiertos, continuó oyendo el ruido.

La tierra parecía moverse, las ventanas temblaban, las tejas huían del tejado; los viejos perales que rozaban la fachada, azotaban el muro con sus ramas rígidas. Tal vez llegaba el Juicio final. En lo más fuerte del tumulto, se rompió un vidrio de la ventana y saltó á pedazos, á través de la habitación. Entonces Karina oyó, oyó distintamente, la misma risa que en sueños había herido sus oídos. Jamás había experimentado tal terror. Su corazón cesó de latir; todo su cuerpo se contrajo, y se heló. Creyó que moría.

Luego, la noche permaneció en silencio. Como el aire era frío, Karina, al recobrar los sentidos quiso ir á tapar el hueco que el cristal roto había dejado. Pero sus piernas no la quisieron llevar. No pidió socorro, y volvió á acostarse tranquilamente. — «Ya andaré — se dijo, — cuando esté más tranquila». — Pero una segunda tentativa, no obtuvo mejor resultado. Vaciló, cayóse al lado de la cama, y quedó tendida hasta la aurora.

Llamóse al médico; no pudo explicar un caso tan extraño, y atribuyó

esta especie de parálisis á un efecto del miedo.

—Karina estará pronto curada— dijo.

Karina no respondió; sabía que Elias había entrado en el cuarto, y había querido esto, y que no se restablecería jamás.

Durante toda la mañana, la joven, absorta y taciturna, buscó por qué causa había podido permitir Dios que esta prueba le acaeciese. Después de sus exámenes de conciencia más severos, le parecía que sus culpas no autorizaban un castigo tan cruel.

—Dios es injusto para conmigo— concluyó.

Por la tarde, rogó que la llevaran á la capilla de Storm, donde debía predicar un tal Dagsson. Esperó que le serían reveladas las razones misteriosas de su castigo. Nunca el tal Dagsson, orador estimado, había reunido un auditorio tan numeroso como este día. Toda la parroquia, atemorizada por los acontecimientos de la noche, se había reunido para oír la poderosa palabra de Dios que ponía en fuga al mie-

do. Las tres cuartas partes de los presentes no habían podido penetrar en la sala, pero la poderosa voz de Dagsson llegaba por las puertas y las ventanas abiertas á los que habían quedado fuera.

El orador empezó extendiéndose sobre el infierno y sobre el principe del infierno, que se introduce en las tinieblas y siempre, codicioso de almas, les tiende los lazos del vicio y los señuelos del pecado. Sus palabras fueron tan terroríficas, que el auditorio tuvo la visión de un mundo en que los desgraciados mortales, acorralados como bestias, sienten bajo cada uno de sus pasos las celadas de la condenación. Y también pensaron muchos en el incendio de un bosque. Experimentaban, al escuchar aquel sermón lo que se siente cuando un bosque se abrasa en torno vuestro y veis que el fuego escala las hierbas que vais á hollar, y nubes de humo ruedan en el aire, y las quejas de la llama llegan á vuestro oído y sentís que las chispas queman ya vuestros vestidos.

Así Dagsson arrojó los hombres al fuego, al humo y á la desespera-

ción. Pero también abrió á sus ojos una verde calvera donde todo era frescor y seguridad. En medio de un prado floreciente, Jesús, sentado, tendía sus brazos á estas pobres criaturas, perseguidas y anhelantes; y apenas se postraban á sus pies, los peligros y las luchas se desvanecían, y su alma no temía ya las miserias del mundo.

Cuando Dagsson terminó, se produjo un agitado movimiento en el auditorio; muchas personas, que su palabra había despertado á la fe de Dios, vinieron á darle las gracias con el rostro bañado en lágrimas. Pero Karina permanecía inmóvil, y levantando los párpados, cuando las últimas palabras fueron pronunciadas, parecía que reprochaba al predicador el que no hubiese sabido revelarla nada.

De repente, una voz se elevó ante la capilla; y los allí reunidos, oyeron:

—¡Maldición, maldición, maldición, á los que dan piedras en vez de pan! ¡Maldición para ellos!

Karina, obligada á continuar en su sitio, mientras los otros se precipitaban al exterior, no pudo ver al que

asi había hablado. Dijéronle que era un hombre alto y moreno, desconocido de todos. Pasaba por la carretera en una carreta de mesón, acompañado de una linda mujer rubia, y se había detenido para escuchar. Luego, cuando la carreta se ponía en marcha, había lanzado este grito. Algunos de los presentes creyeron reconocer á la mujer: era una de las hijas de Stark, emigrada á América, y que probablemente se había casado con este hombre. Pero no era fácil reconocer en una mujer de traje ciudadano á la muchachita, casi la niña que había partido un día, en traje nacional.

Karina tenía de Dugssor la misma idea que el extranjero, porque no volvió á la capilla. Más tarde, en verano, cuando un anabaptista vino á predicar y á bautizar en la aldea, fué á oírle, y cuando el «Ejército de Salvación» empezó su propaganda, se hizo conducir á las sesiones. Un grande espíritu religioso sopló en la parroquia. A cada reunión se producían *despertares* y conversiones. Todos parecían encontrar por fin lo que habían buscado por mucho tiem-

po. Pero ninguno de los predicadores cuya palabra escuchó Karina, supo reconciliarla con el castigo que Dios le había infligido.

* * *

Berger Lawsson tenía su fragua cerca de la carretera, una forja pequeña y sombría, iluminada por un único tragaluz, y en la cual se penetraba por una puerta baja. Fabricaba gruesos cuchillos, reparaba cerraduras, ponía aros á las ruedas y hierros á los trineos.

Un día de verano, al anochecer, toda la fragua estaba llena de ruido. Berger Larsson aplastaba cabezas de clavos contra el yunque. En otro yunque su hijo mayor cortaba hierro. Su hijo segundo hacía soplar el fuelle, mientras el tercero daba carbón al fuego, hundía en él barras calentadas hasta el blanco y las llevaba á los herreros. El cuarto, que aún no tenía cuatro años, recogía los clavos ya perfectos, los sumergía en un cubode agua y los ordenaba en paquetitos.

En sus tareas andaban todos con la mayor prisa, cuando un hombre alto

y moreno apareció bajo el dintel de la puerta; hubo de doblarse para entrar. Berger se detuvo.

—Dispensadme—dijo el desconocido,—no soy un cliente, pero he forjado en mi juventud, y no puedo pasar ante una fragua sin que me entre el deseo de echarle una ojeada.

Berger observó que el extranjero tenía fuertes manos nervudas, verdaderas manos de herrero, y le preguntó quién era y de donde venía. Respondióle el hombre amablemente pero sin nombrarse. Chocaron á Berger su inteligencia y sus modales. Los dos salieron juntos á la carretera sombría, y allí Berger empezó á elogiar á sus hijos.

—¡Ah!—decía.—¡En duros trances me he hallado hasta ver á mis hijos en edad de ayudarme! Pero hoy nos ayudamos todos, y eso marcha, y vas á ver como, dentro de algunos años, seré rico.

El extranjero sonrió ligeramente, y le respondió que se alegraba mucho de que Berger tuviese tan buenos hijos.

—Y ahora—añadió, dejandó caer su pesada mano en la espalda del

herrero y mirándole al blanco de los ojos,—ahora que tus hijos te asisten tan bien para las cosas del cuerpo, dí, ¿les pides igualmente asistencia para las del alma?

Berger le contempló estupefacto.

—Esta pregunta te sabe á novedad —prosiguió el desconocido: piensa en ella antes de que nos volvamos á ver.

Y se alejó sonriendo.

Berger volvió á su yunque ras-cándose la cabeza, ó mejor dicho, los cabellos, rígidos y amarillos como alambres, y continuó dándole al hierro con el martillo. Pero, durante muchos días, la pregunta del extranjero le persiguió y le preocupó.

—Hay en esto algo que no veo claro,—pensaba.

* * *

Ocurrió lo que sigue en la antigua tienda de Tims Halfoor, que éste, después de su matrimonio con Karina había cedido á su cuñado Kolas Gunnar. Aquel día, Gunnar estaba de viaje, y su mujer, Brita Ingmarsdotter, permanecía sentada detrás del mostrador.

Brita, que llevaba el nombre de

su madre, había también heredado su belleza. Jamás una muchacha tan bonita había crecido en la granja de los Ingmarsson y además, por otra parte, su carácter era totalmente el de la antigua familia, y jamás se dió una alma más proba, más leal, más escrupulosa.

Tenia, en ausencia de su marido, una manera muy original de comprender el comercio y de dirigir la tienda. Si el viejo sargento Falt, á quien la bebida gustaba demasiado, venía, con sus manos temblorosas á pedir una botella de cerveza, Brita le contestaba con un *no* categórico. ¿Quería la pobre Lena comprar una hermosa torta? Brita le despachaba unos kilos de centeno. Los niños no se arriesgaban á derrochar sus cuartos en frutas secas y en bombones. Y más de una vez las campesinas, que habían entrado para darse el gustazo de comprar telas ligeras, según la moda de la ciudad, fueron despedidas con las manos vacías por Brita, que no quería que abandonasen las telas sólidas y honestas, que ellas podían tejerse en su propia rueca.

Aquel día, Brita, no había tenido muchos clientes. Durante muchas horas había permanecido sola y estaba como abismada, con los ojos fijos, ardientes de desesperación. Al fin, se levantó, pasó á la trastienda, se subió á un taburete y amarró á un clavo del techo una cuerda muy lisa y que remataba en un lazo corredizo. Apremiábase la mujer febrilmente, con aire de sonámbula ó de alucinada, cuando de repente la puerta se abrió, y un hombrón, de pelo rizado, de barba negra, de ojos penetrantes, que, sin que ella le hubiese oído, había atravesado la tienda vacía, entró en la habitación. La vió y se retiró hacia el mostrador. Brita le siguió. Sentóse el hombre en una silla patizamba, y miróle silenciosamente.

Bajo la influencia de esta mirada, que parecía encadenarle, la mujer empezó á experimentar sorda impaciencia. — «¡Ah! ¿Te figuras—decía en su interior,—¿te figuras que vas á impedir que haga lo que me place? Pues lo haré apenas vuelvas la espalda... El mal no tiene remedio. Y tu venida en nada cambia el estado de cosas.»

El hombre continuaba fijando en ella los ojos profundos; y, silenciosos los labios, Brita continuaba diciéndole interiormente:—«Entiéndolo bien; no nos conviene á nosotros, los Ingmar, vender y comerciar. Me habían desaconsejado el casarme con Gunnar, pero nos queríamos y jamás, antes que se encargase de la tienda, habíamos cambiado una palabra dura... ¡Pero después, después! ...No; yo no puedo admitir que venda cerveza ó vino á los borrachos, que embargue la casa de los pobres, que les prive de su única vaca ó de sus miserables carneros. ¡No puedo! Y esto trae cada día rencillas, espantosas disputas... Y Gunnar, ya no me quiere. Es necesario que esto acabe... ¿Por qué no te vas?»

Pero poco á poco la mirada del extranjero iba infundiéndole calma. Y de repente, Brita rompió en sollozos.

Entonces el hombre se dirigió á la puerta, y al llegar al umbral, le dijo con voz suave y dulce:

—No te dañes, porque se acerca el tiempo en que vivirás según justicia.

Después, partió. Sus recios pasos resonaron en la escalera de entrada. Brita volvió á la trastienda y apartó la cuerda y el taburete; después se sentó y permaneció inmóvil. Tenía el sentimiento indeciso de haber errado por mucho tiempo en una noche lóbrega, tan oscura, que ni siquiera veía la mano que adelantaba en las tinieblas. Extraviada, perdida, cada uno de sus pasos amenazaba precipitarla en un pantano ó en un abismo. Y he aquí que una voz la había llamado y le había dicho que no avanzase más, sino que se sentase hasta que amaneciera. Y era ya feliz, y esperaba la aurora.

* * *

La hija de Stark, Anna Lisa, que habitó mucho tiempo en Chicago, se había casado allí con un compatriota llamado Juan Hellgum. Este sueco dirigía una comunidad que poseía una fé y una doctrina peculiarísimas. Al día siguiente de la famosa noche, Anna Lisa y su marido, desembarcados en el país, llegaron á casa de Stark.

Hellgum invertía el tiempo en

largos paseos por la comarca. Entraba en relación con cuantos el azar ponía en su camino, y empezaba departiendo con ellos de las cosas ordinarias de la vida; pero, cuando dejaba á alguien, gustaba de colocarle sobre los hombros la pesada mano, pronunciando algunas palabras de consuelo ó de despertar.

Stark, apenas veía á su yerno. El viejo arrendatario trabajó este año en compañía del joven Ingmar, que al fin había vuelto á alojarse en Ingmarsgard. Habían construido juntos la carpintería en Langforsen. Y el día en que, terminada su construcción, las cuchillas silbantes dividieron el primer tronco en bellas planchas, fué para el viejo Stark un día de felicidad y de orgullo.

Una noche, al retirarse á su casa, el viejo se cruzó con su hija Anna Lisa, que tenía un aire como empañado y parecía querer ocultarse á sus ojos. Apresuró el paso hacia su habitación.

Junto al dintel había crecido en todo tiempo, un magnífico rosal, á la sazón en flor. Stark le quería como á la niña de sus ojos, y jamás hubiera

permitido que una rosa ni una hoja fuesen cortadas. El lo había protegido, cuidado, preservado, porque sabía que un pueblecillo de seres invisibles, habitaba bajo sus raíces... Aquella noche el rosal apareció cortado. Allí se veía la mano de su yerno, del detestable predicador. Stark, con la hacha en la mano y los dedos crispados oprimiendo el mango, entró en la casa.

Hellgum, sentado, con la Biblia abierta ante sus ojos, levantó la cabeza, contempló al anciano, y se puso á leer en voz alta:

... Y cuando penséis: Queremos hacer como los paganos de otros pueblos y de otros países, que adoran las piedras y los troncos de árbol,

Tan verdad como existo, dijo el Señor, reinaré sobre vosotros con mi fuerte diestra y mi brazo tendido y mi cólera...

Stark no dijo una palabra; salió, y esta noche durmió en su granja.

Dos días después, Ingmar y él llegaron á la selva, para cortar leña y carbonarla. Allí pasaron todo el invierno.

* * *

Hellgum había aparecido más de una vez en las reuniones religiosas y había explicado en ellas la doctrina que á sus ojos constituía el único y verdadero cristianismo. Pero le faltaba la elocuencia de Dagsson y su palabra no había hecho prosélitos. Los que le encontraban por los caminos, y no recibían más que una corta exhortación, esperaban mucho de él: por desgracia, apenas intentaba hablar con alguna extensión, ya su discurso se hacía pesado y pobre.

Hacia el fin del invierno, Karina se sintió presa de un abatimiento sombrío. Incapaz de andar, inmóvil en su silla desde la mañana hasta la noche, rumiaba silenciosamente su cruel infortunio. En otro tiempo, su padre se complacía en repetir que los Ingmarsson nada debían temer, mientras siguiesen los caminos de Dios. Pero hoy Karina, según le decía á su marido, sabía que esto no era verdad.

Un domingo de agosto, Karina estaba sola, sentada junto á la ventana de la sala mayor, y en el tibio

silencio de la alquería, soñolienta, inclinada la cabeza sobre el pecho, había acabado por dormirse. El ruido de una conversación bajo la ventana la despertó. No podía ver quién hablaba con Halfoor; pero la voz desconocida tenía un timbre grave y profundo, y no recordaba haber oído jamás una voz tan bella.

—Lo comprendo, Halfoor—decía la voz.—Te parece extraño que un pobre herrero sin educación haya encontrado la verdad, donde tantos sabios han fracasado.

—En efecto—respondió Halfoor,—no sé como te las arreglas para estar tan seguro.

—Es Hellgum—pensó Karina. Quiso cerrar la ventana, pero no pudo alcanzarla.

—Está escrito—continuó Hellgum,—que si alguien te hiere en la mejilla derecha, debes presentar la izquierda, y que no hay que resistir á quien nos daña. Pero todas estas cosas, y otras muchas, son imposibles de practicar. Si no defiendes tu propiedad las gentes te arrebatarán los campos y las cosechas; te robarán las patatas y el trigo, y me pa-

rece que no te quedaría ni una partícula de Ingmarsgard.

—Podría ser—respondió Halfoor.

—Por consiguiente ¿el Evangelio no tiene ningún sentido? ¿Jesucristo ha hablado por hablar?

—¿A dónde quieres venir á parar? —preguntó Halfoor.

—Piensa aún en otra cosa—prosiguió Hellgum,—y considera los hermosos resultados á que hemos llegado con el cristianismo corriente. No hay ya en el mundo quien robe ni mate, ni quien perjudique á las viudas y á los huérfanos. No hay nadie que odie ó que persiga al prójimo. Y no se comete ninguna mala acción. ¡Hé aquí el resultado de tener una religión excelente!

—¡Ah, es evidente que no todo marcha como debería!—admitió dulcemente Halfoor, á quien semejante conversación no interesaba mucho, y que parecía que iba á ser vencido por el sueño.

—Pero Halfoor, si una de tus herramientas dejaba de servirte ¿no buscarías enseguida dónde estaba el defecto y te declararías satisfecho si lo encontrabas? Y cuando ves que

la gente no consigue llevar una vida cristiana ¿no debes también buscar dónde está el defecto de tu cristianismo?

—No imagino—respondió Halfoor,—que pueda haber ninguna falta en la doctrina de Jesucristo.

—Al principio, no; pero, bien podría ser que algo se hubiese estropeado en ella. Una rueda que no encaje, una simple ruedecilla, basta para que toda la máquina se detenga.

Calló un instante para buscar mejor sus palabras y sus razones.

—Voy á contarte—prosiguió,—lo que me aconteció hace algunos años. Fué cuando intenté, por vez primera, vivir según el Evangelio. ¿Sabes en qué paró la cosa? Cuando los camaradas de la fábrica en que trabajaba, comprendieron qué especie de hombre era, empezaron por descargar sobre mi buena parte del trabajo; luego me soplaron la colocación y me dejaron llevar la pena de un robo, que uno de ellos había cometido; yo fui quien lo pagó en la cárcel.

—No siempre se encuentran en la

vida gentes tan malvadas — dijo Halfoor con voz indiferente.

—Entonces—continuó Hellgum,— reflexioné que no sería tan difícil ser cristiano, si nada se poseía en el mundo, nada que debiéramos separar de la pertenencia de otros hombres. Casi amaba mi prisión porque ningún estorbo, ninguna inquietud me impedían llevar en ella la vida del justo. Pero me pareció que esta vida solitaria, se parecía á un molino que diese vueltas y más vueltas sobre su eje sin moler trigo. Puesto que Dios ha puesto á tantos seres sobre la tierra, debe de ser probablemente para que se ayuden, para que sea cada cual fortaleza y socorro de los demás, no su causa de perdición; y así conocí, al fin, que el diablo había hecho desaparecer alguna cosa de la Biblia, para que el cristianismo no anduviera como es debido.

—Jamás estuvo eso en su poder,— dijo Halfoor.

—Sí, ha retirado este mandamiento: Cuantos deseáis llevar una vida cristiana debéis buscar asistencia en vuestro prójimo.

Halfoor guardó silencio, pero Ka-

rina, que nada había perdido de la conversación, movió la cabeza en señal de afirmación.

—Desde mi salida de la cárcel— prosiguió Hellgum,— fui á encontrar á un camarada y le rogué que me ayudase á vivir una vida de justicia. Desde que fuimos dos, ya esto se nos hizo mucho más fácil. Hoy somos treinta los que vivimos juntos; todo lo ponemos en común; cada uno de nosotros vela por la vida del otro, y el camino de la justicia se extiende fácil y llano ante nuestros pasos. Nos es cómodo obrar como verdaderos cristianos, porque el hermano no abusa de la bondad de su hermano, y, siendo humilde, no le aplasta.

Viendo que Halfoor continuaba callado, Hellgum prosiguió con voz persuasiva:

—El que está al frente de una grande empresa se asocia con otras personas, ¿no es verdad? Bien sabes tú que no podrías, por tí solo, sacar producto de esta granja. Y si proyectares fundar una fábrica, buscarías accionistas ¿no es así? Y si se tratase de construir un ferrocarril, ¿á cuántas personas no deberías diri-

girtel! Pero, lo que es más difícil en el mundo, llevar una vida cristiana, ¡pretendes hacerlo solo y sin apoyo! Mejor dicho, no, no lo pretendes siquiera, porque comprendes que es imposible. Pero yo, y los que conmigo se han reunido allá, en América, estamos en el buen camino. Nuestra comunidad es la verdadera Jerusalén, descendida de los cielos. ¿Qué mejor prueba? Los dones del Espíritu Santo que fueron concedidos á los cristianos primeros, se esparcen también sobre nosotros. Algunos de nuestros hermanos oyen la voz de Dios; otros, profetizan; otros, curan á los enfermos...

—¿Tú puedes curar á los enfermos?—interrumpió Halfoor.

—Sí—dijo Hellgum—yo puedo curar á los que tienen fe en mí.

—Muy difícil es creer en algo distinto de lo que se ha aprendido desde la infancia—respondió lentamente Halfoor.

—Y sin embargo, yo tengo la certeza, Halfoor, de que los tiempos están próximos y de que tú me ayudarás á construir la Jerusalén nueva.

Hubo una pausa, y pronto oyó Karina el adiós de Hellgum. Al cabo de algunos minutos, Halfoor entró, y, viéndola sentada junto á la ventana, le dijo:

—¿Has escuchado?

—Sí—respondió ella.

—Pretende curar á los que creen en él.

Karina se ruborizó ligeramente. La doctrina de Hellgum le había parecido superior á cuanto se había predicado ante ella durante el verano. Encontraba en ella un sentido práctico que le era agradable. Todo en ella respiraba actividad y acción y nada exhalaba esa sentimentalidad vaga que su alma no comprendía. Pero no quería confesarse esas cosas:

—Yo no tendré otra fe que la de padre—dijo.

Algunas semanas más tarde, Karina estaba aún sentada junto á la ventana de la sala mayor. El viento del otoño volaba ruidosamente en torno á la casa y el fuego chisporroteaba en la chimenea. Su hija, que casi tenía un año, y daba los prime-

ros pasos, jugaba á sus pies. De repente, la puerta se abrió dando paso á un hombre alto y moreno. Tenía cabellos ensortijados, la barba abundante, la mirada aguda y manazas nervudas, manos de herrero. Antes que el desconocido hubiese pronunciado una sílaba, Karina adivinó ya que era Hellgum.

Este saludó y preguntó por Halfoor. Ella respondió que su marido estaba en la asamblea vecinal, pero que no tardaría en volver.

Hellgum tomó asiento y, sin decir una palabra, lanzaba de cuando en cuando una mirada á la impedida.

—He sabido que estábais enferma—dijo al fin.

—Sí, hace ya seis meses que no puedo andar.

—Se me ha ocurrido venir aquí á orar por vos.

Karina se calló, y con los párpados bajos, se replegó en sí misma.

—¿Karina ignora que he recibido de Dios la gracia de curar á los enfermos?

Ella le lanzó una mirada de desconfianza.

—Os agradezco—dijo—que hayáis

pensado en mí. En cuanto al resto, es inútil hablar: yo no cambio fácilmente de fe.

—Es posible, sin embargo, que Dios quiera asistiros, pues siempre os habéis esforzado en llevar una vida justa.

—No creo que Dios quiera asistirme.

—Karina,—dijo Hellgum después de una pausa—Karina ¿no se ha preguntado nunca por qué le había sobrevenido tan dura prueba?

Karina no respondió; encerróse más y más en sí misma.

—Yo sospecho que Dios se la infligió, á fin de que su santo nombre fuese glorificado.

Estas palabras irritaron á la joven; dos manchas rojas se encendieron en sus mejillas. Hellgum le parecía singularmente presuntuoso: ¡no ver en su enfermedad más que la ocasión de un milagro! El evangelista se adelantó y le puso la mano en la cabeza.

—¿Quieres que ruegue por tí?—dijo.

Una corriente de vida y de salud atravesó todo el sér de Karina, pero

molestada por esa indiscreción, rechazó violentamente su mano, y levantó el brazo como para pegarle.

Hellgum se retiró hacia la puerta.

—No debe rechazarse lo que Dios nos envía—dijo.

—No; forzoso es recibir lo que Dios nos envía—dijo ella amargamente.

—Yo te digo que hoy la gracia de Dios se extenderá sobre esta casa.

Karina permaneció en silencio.

—Piensa en mí—añadió,—cuando recibas un consuelo de lo alto.

Y salió.

Karina se había incorporado en su silla, y sus mejillas continuaban ardientes y marcadas con dos señales rojas.

—¡Si ni podré estar tranquila en casa!—murmuraba.—¡Cosa extraña, que tantas gentes se crean enviadas de Dios!

Bruscamente la distrajo de sus pensamientos, la vista de su pequeña que se acercaba al hogar.

La chiquilla se había fijado en el fuego, y con pequeños gritos de contento, se acercaba allí, arrastrándose á gatas. Su madre la llamó, pero ella

no escuchaba nada, y después de muchas tentativas de escalar el fogón, pudo al fin hacerlo. La llama ardía á poca distancia de sus manitas.

—¡Dios mío, socórreme! ¡Dios mío, ven en mi ayuda!—imploraba Karina.

Y, aunque estaba segura de que nadie la oiría, se echó á gritar.

La pequeñuela se inclinaba, riendo, hacia el fuego. Un tizón ardiendo, rodó y cayó sobre su traje amarillo.

En el mismo instante, Karina se puso de pie. Corrió á la chimenea y agarró á la niña. Cuando le hubo sacudido todas las chispas y carbonillos, y cuando se hubo asegurado de que estaba sana y salva la pequeña, entonces, y solo entonces se vió Karina sobre sus piernas. ¡Había andado! ¡Podría andar siempre! Su alma sentía la sacudida más grande que jamás hubiese experimentado, y á la vez, una dicha extraordinaria. Dios la había tomado, pues, bajo su guarda y protección especial. Dios había mandado á la casa á un santo para curarla y libertarla...

* * *

Hellgum se situaba á menudo en la terraza de casa Stark y contemplaba aquellos parajes. La tierra que abrazaba su mirada se tornaba cada día más bella y más deslumbradora. El suelo era todo amarillo, y los árboles rojos ó de un amarillo vivo. Acá y acullá, el bosque ondulaba como una ola de oro. En las colinas, árboles frondosos perdidos entre los pinos y pinabetes, los manchaban con manchas rojas. Como una cabaña humilde y gris que se incendia, este pobre paisaje sueco ardía tan maravillosamente, que se hubiera dicho un paisaje en el sol. Pero Hellgum pensaba en que llegarían tiempos en que Dios haría lucir su santidad en estos campos y en estos bosques, cuando las palabras sembradas fructificasen en una cosecha de justicia.

Y he aquí que una tarde, Tims Halfoor subió hasta la morada de Stark para invitar á Hellgum y á su mujer á que viniesen á Ingmarsgard.

Cuando descendieron y penetraron en el vasto patio, todo era lim-

pio como el oro. Se habían barrido las hojas secas de bajo los árboles; las carretas y útiles que, de ordinario estaban en desórden, habían sido alineados.—«Va á haber gente,»—pensó Anna Lisa.

En efecto, Halfoor abrió la puerta de la sala mayor, y la vieron llena de convidados; todos ellos, esperando con solemnidad, se habían sentado en los largos bancos que daban la vuelta á las paredes. Hellgum reconoció á las mejores familias del pueblo; Lyung Bjorn, Oloffson y su mujer Marta, Kolas Gunnar y su mujer Brita, luego Krister Larsson é Israel Tomas, con sus mujeres que, como Brita y Marta, pertenecían á la casa de los Ingmar. Y reparó luego en Hok Matts Erikson y en su hijo Gabriel, la Gunhilda del decano, y algunos otros; unas veinte personas en conjunto.

Cuando Hellgum y Anna Lisa hubieron distribuido á la redonda algunos apretones de manos, Tims Halfoor dijo lo siguiente:

—Nos reunimos aquí algunos que hemos reflexionado en las palabras que Hellgum nos ha dicho este vera-